LA ECONOMÍA DEL FRAUDE INOCENTE
La verdad de nuestro tiempo

JOHN KENNETH GALBRAITH

VII EL MITO DE LOS DOS SECTORES

EN Estados Unidos, al igual que en los demás países económicamente desarrollados, ninguna idea es tan común y tan aceptada como la de los dos sectores del mundo económico y político, el sector privado y el sector público. En otro tiempo se hablaba de capitalismo y socialismo. Sin embargo, como antes hemos señalado, la palabra «capitalismo» ha desaparecido parcialmente del lenguaje común, y en los contados casos en los que todavía se usa tiene una connotación más o menos negativa. Por otro lado, el socialismo y la idea de iniciativas y acciones gubernamentales resulta profundamente inaceptable en Estados Unidos, donde pocos quieren ser conocidos como socialistas. En consecuencia, la distinción entre un sector privado y un necesario sector público resulta conveniente y constituye el punto de referencia.

El debate resultante se centra por completo en cuestiones específicas. ¿Debemos financiar a través del sector público la educación, la asistencia sanitaria y la ayuda a los pobres, los jubilados y los necesitados en general, competencias tradicionales del sector privado? ¿O debemos en cambio privatizar, como se dice, otras actividades gubernamentales además de las que ya lo han sido? ¿Es la acción del gobierno contraria a la libertad personal? En Estados Unidos y en menor medida en otros países, el papel de los dos sectores es objeto de un intenso debate, un ejercicio de oratoria muy extendido y, con frecuencia, terriblemente aburrido. Lo único ausente de estos discursos es la realidad.

La distinción generalmente aceptada entre los sectores público y privado carece de significado cuando se la examina con seriedad. Se trata de un juego retórico que no tiene en cuenta lo que realmente sucede. Una porción muy grande y vital de lo que se denomina sector público pertenece hoya todos los efectos prácticos al sector privado, y se trata de una porción en constante aumento.

En el año fiscal 2003, el gobierno estadounidense dedicó a cuestiones con la

defensa cerca de la mitad de su presupuesto de gastos discrecionales (la parte del presupuesto aprobado que no prevé un uso determinado en particular, a diferencia de, por ejemplo, los desembolsos para la Seguridad Social o el servicio de la deuda pública). Una gran parte de ese dinero se empleó en la adquisición de armas o se invirtió en su invención y desarrollo. Los submarinos nucleares cuestan miles de millones de dólares; los aviones, decenas de millones cada uno. Y algo similar ocurre, aunque de forma menos espectacular, con otros tipos de armamento y equipo militar. Semejante gasto es con secuencia de la gran capacidad de quienes están involucrados en este negocio y se benefician de él para influir en el gobierno, y esto es cierto incluso en el caso de la llamada defensa nuclear.

El gasto en armamento no se produce después de un análisis imparcial realizado por lo que comúnmente entendemos como sector público. Buena parte de él es iniciativa de la industria armamentística, es decir, del sector privado, y depende de la autoridad de ésta y de sus voceros políticos. Los diseños de nuevas armas son propuestos por las industrias pertinentes, y es a ellas a las que se adjudica su producción y, por tanto, los beneficios.

Otras ganancias son las que reporta la fabricación de armamentos ya existente. Estamos ante un sector de un poder y una influencia impresionantes; la industria armamentística proporciona empleos, paga enormes sumas a sus directivos y produce beneficios en sus distritos electorales, y constituye, indirectamente, una valiosa fuente de fondos para las campañas políticas. La gratitud y las promesas de apoyo llegan hasta Washington y se reflejan en el presupuesto de defensa, en las necesidades y decisiones del Pentágono. E incluso en la política exterior o, como sucedió en Vietnam y ahora en Irak, en la guerra. Que el sector privado adquiere un papel cada vez más dominante en el sector público es un hecho evidente. Sería mejor describirlo en un lenguaje llano.

En realidad, no me siento muy original al referirme al mito de los dos sectores. Éste fue identificado por primera vez por el presidente Dwight D.

Eisenhower en su célebre e influyente advertencia sobre el complejo militar-industrial. Que la industria de la defensa asumió el control de la política armamentística pública es innegable, y ello hace que la distinción ordinaria entre los dos sectores resulte irrelevante. La verdad es convincente cuando viene de un presidente que era, además, la figura militar más notable de su época.

Es posible criticar el mito de los dos sectores y sus formidables consecuencias con cierta determinación y apremio, pero, como he dicho, no hay muchas originalidades en ello. Ni en términos sociales ni políticos el mito puede considerarse un fraude inocente.

En épocas recientes la intromisión en el llamado sector público por parte del sector privado se ha convertido en un lugar común. Tras haber conquistado plena autoridad en la gran corporación moderna, era natural que la dirección ejecutiva extendiese sus tentáculos al ámbito político y gubernamental. En otro tiempo era el capitalismo el que se proyectaba sobre lo público, hoy la que lo hace es la dirección corporativa. En el momento en que escribo esto, los directivos de diferentes corporaciones están en estrecha alianza con el presidente, el vicepresidente y el secretario de Defensa de Estados Unidos. Destacadas figuras del mundo empresarial ocupan, además, altos cargos en distintos sectores del gobierno federal; uno de ellos procede de la quebrada y ladrona Enron y tiene a su cargo el ejército.

Así como la defensa y el desarrollo armamentístico son fuerzas decisivas en nuestra política exterior, durante años se ha reconocido que las corporaciones controlan el Tesoro. Y también la política medioambiental. Y, como cabía esperar, hay más.

Los medios de comunicación han aceptado ampliamente esta evolución política. Escritores con inteligencia y valor han identificado el poder privado que desde hace tiempo controla el diseño de armas, el desarrollo de una defensa antimisiles y el presupuesto militar. El importante papel de las corporaciones en la política económica es conocido. Aunque en las facturas el Pentágono sigue siendo considerado parte del sector público, pocos dudan de la influencia del poder corporativo en sus decisiones. Lo que sucede todos los días no es noticia.

La frontera entre el sector privado y corporativo y el menguante sector público continúa desvaneciéndose. El domingo 13 de octubre de 2002, el New York Times informaba de cómo las empresas relacionadas con la defensa están cada vez más cerca del combate real. Nadie podría pedir una prueba más dramática de que los dos sectores se han convertido en uno. El re hito del Times, sin embargo, no llamó entonces la atención de muchos. Acaso lo que decía era ya un lugar común:

(Las corporaciones proporcionan ahora) suplentes que reemplazan a los soldados en activo en todos los aspectos, desde apoyo logístico hasta entrenamiento de combate. ...

Bajo el nombre en clave de Primavera del Desierto, algunas [empresas] están ayudando a entrenar a las tropas americanas en Kuwait en ejercicios en los que se utiliza munición real. ... Otras tienen empleados que se ponen sus viejos uniformes para trabajar como recluta dores e instructores militares en programas ROTC, * en los que se selecciona y entrena a la siguiente generación de soldados.

Ésta es la realidad. Tanto en la guerra como en la paz, el sector privado se convierte en sector público.

* Reserve Officers Training Corps: el ejército estadounidense concede becas de estudio a los universitarios. que acceden a participar en estos programas y recibir instrucción militar. Una vez licenciados, los participantes entran a formar parte de la reserva como oficiales. (N. de los t.)

VIII EL MUNDO DE LAS FINANZAS

PASEMOS ahora a un área de fraude inocente bastante conocida y a algo que legalmente está lejos de ser inocente: el mundo de las finanzas, de la banca, las sociedades financieras, los mercados de valores, los fondos de inversión, las empresas de orientación y el asesoramiento financieros.

El fraude tiene como punto de partida un hecho determinante y absolutamente evidente que, no obstante, es casi siempre pasado por alto: el comportamiento futuro de la economía, el paso de los buenos tiempos a la recesión o la depresión y viceversa, es imposible de predecir con exactitud. Existen predicciones de sobra, pero no un conocimiento firme y seguro. Todo depende de una combinación variada de acciones gubernamentales sobre las que no existe certeza y de decisiones corporativas e individuales que desconocemos; y cuando se trata del mundo en general, de la paz y la guerra. Factores como el imprevisible desarrollo de innovaciones tecnológicas o de otro tipo y la respuesta de los consumidores e inversores resultan decisivos. Y también es necesario tener en cuenta el efecto variable de las exportaciones, las importaciones, los movimientos de capital y la reacción de las corporaciones, el público y el gobierno a todo ello. La conclusión evidente, demasiado evidente en realidad, es que la combinación final de lo desconocido no puede conocerse. Esto es tan cierto para la economía en su conjunto como para una industria o empresa específicas. Así ha sido siempre la visión del futuro económico. Y así seguirá siéndolo.

No obstante, en el mundo de la economía y, especialmente, en el de las finanzas, la predicción de lo desconocido e incognoscible constituye una labor muy estimada y, con frecuencia, bien recompensada. Además puede ser la base de una carrera lucrativa, aunque en la mayoría de los casos no lo sea por mucho tiempo. Es de aquí de donde proceden las opiniones supuestamente bien informadas sobre las perspectivas de la economía en general y de las empresas en particular. Los hombres y mujeres que se dedican a esta actividad creen poseer el conocimiento de lo desconocido, y quienes les escuchan confían en que es así. La idea es que tal conocimiento es el resultado de la investigación. Sin embargo, como lo que sus clientes quieren oír es una predicción de la que puedan aprovecharse y obtener algún rendimiento, la esperanza y la necesidad ocultan el hecho de que tal predicción es imposible. Es así como en los mercados financieros valoramos e incluso damos la bienvenida al error esencial.

El error compartido goza además de una buena protección. Ya no se trata de una cuestión personal. El mundo financiero sostiene a una comunidad grande, activa y bien remunerada, fundada en una ignorancia ineludible pero aparentemente sofisticada.

Es importante insistir en este punto: dada la influencia impredecible pero inevitable de la economía en su conjunto, es claro que quienes pretenden describir el futuro desempeño financiero de una industria o empresa no lo conocen en realidad; trátese de empleados o de analistas independientes, no saben de qué están hablando y, por lo general; no saben que no saben. Se cree que las predicciones de una empresa financiera, de un economista de Wall Street o de un asesor financiero sobre las perspectivas, recuperación prevista, continuación del auge económico- reflejan cualificados conocimientos económicos y financieros. Y no es fácil desmentir las previsiones de un experto. Algún éxito accidental en el pasado y una amplia exhibición de cuadros, ecuaciones y confianza en sí mismo confirman la profundidad de su percepción. He ahí el fraude, Corregido es una tarea pendiente,

Aunque inútil, la orientación y el asesoramiento financiero pueden durante un tiempo ser económicamente gratificantes. Después llega el momento de enfrentarse a la verdad. En los últimos años, ésta ha sido una experiencia común. La innovación tecnológica -real, predicha, inventada o imaginada- estuvo concentrada durante mucho tiempo en una parte de California conocida mundialmente como Silicon Valley, Lo que tuvo lugar a continuación fue un gigantesco fraude, como han señalado con claridad análisis recientes. Los corredores de bolsa y las empresas de inversión, que entonces eran tenidos en muy alta estima, así como la prensa financiera y algunos recién llegados con imaginación, propusieron sus predicciones sobre las brillantes perspectivas de las empresas de Silicon Valley y estas fueron creídas a pies juntillas. Similares previsiones fueron formuladas también por sujetos con intereses personales en la cuestión. Las empresas eran alabadas con gran entusiasmo y sus

progenitores recibían magníficas retribuciones. Quienes hacían las previsiones estaban bien. pagados, pero sus honorarios no eran del todo inocentes: en el caso de estas empresas, las ganancias financieras derivaban también de un cuidadoso intento de elevar y recompensar las expectativas creadas.

Tomemos otra manifestación ampliamente aceptada de fraude. Ésta se produce cuando una aventura poco afortunada choca con las fuerzas hostiles de la realidad. Las causas de unos malos resultados corporativos son conocidas y son, invariablemente, las mismas: las fuerzas impersonales del mercado, la ausencia de controles públicos, el simple robo. El remedio universal: las reducciones enérgicas de plantilla, el despido de aquellos que menor responsabilidad tienen en los resultados. Cuanto mayor sea el número de trabajadores de los que se desprenda, mejores serán las perspectivas financieras de la empresa. Se trata de una acción cruel, pero decidida.

Sin embargo, todo pare ce indicar que nadie es despedido o echado; en lugar de ello, lo que el sano reajuste hace es enviar a los ex trabajadores a disfrutar en sus hogares de la vida familiar y el tiempo libre, a completar su formación y mejorar sus aptitudes profesionales. He aquí un fraude verbal de algún modo reconocido como tal. Los problemas que genera el tratamiento prescrito deben ser conocidos por el público, incluidas las verdaderas dificultades a que se enfrentan quienes menos responsabilidad tienen en los malos resultados, los llamados buenos trabajadores a los que antes nos hemos referido.

Desde que escribí lo anterior, un fraude específico del campo de las finanzas ha despertado cierta atención y exige un comentario especial por parte de alguien profesionalmente vinculado al mundo de la economía. A la identificación del fraude ha contribuido el diligente fiscal general del Estado de Nueva York; sus conclusiones arrojan una interesante luz sobre la naturaleza de las investigaciones realizadas por los economistas en los mercados financieros. En Wall Street, los economistas no se habían limitado a prestar un servicio profesional y ser recompensados por ello, sino que habían elegido conscientemente elaborar pronósticos que beneficiaran a quienes solicitaban la investigación. Además, se habían permitido formular y difundir predicciones que resultaban favorables para sus propias inversiones, esto es, predicciones moldeadas para obtener ganancias o para protegerse contra posibles pérdidas. Esta conducta es una ruina para la economía profesional, un fraude cerca de casa,

IX LA ELEGANTE EVASIÓN DE LA REALIDAD

ME ocuparé ahora de nuestra forma de fraude más prestigiosa, nuestra más elegante evasión de la realidad. Como antes he señalado de manera suficiente, en la economía moderna la transición de 16s buenos a los malos tiempos y de los malos a los buenos es imprevisible. El auge, la burbuja y la inflación dan paso al descenso de la producción, el aumento del paro, la reducción de beneficios y los precios estables pero bajos. Y luego, con el tiempo, éstos dan a su vez paso a la recuperación: aumenta el nivel de ocupación, los beneficios crecen, aparece la inflación. Para limitar el desempleo y la recesión y el riesgo de la inflación Estados Unidos dispone de una entidad terapéutica, el sistema de la Reserva Federal, su banco central. Durante muchos años (y por muchos más) la Reserva Federal ha estado bajo la dirección, desde Washington, de un presidente enormemente respetado, el señor Alan Greenspan. La institución y su director son la respuesta decretada tanto para el auge y la inflación como para la recesión o la depresión, lo que implica menor producción, contracción financiera y económica, reducción del empleo y pobreza. Se considera que las discretas medidas aplicadas por la Reserva Federal son las acciones económicas más apropiadas y meditadas posibles. No obstante, la verdad es que son también acciones manifiestamente ineficaces, pues no consiguen hacer lo que se supone que deben hacer. Pese a ellas, la recesión y el desempleo o el auge y la inflación se mantienen. He aquí nuestra más apreciada y, si se la examina con cuidado, más evidente forma de fraude.

La favorable pero falsa reputación de la Reserva Federal tiene un fundamento sólido: el poder y el prestigio de los bancos y banqueros y la magia que atribuimos al dinero. Todo ello ofrece respaldo y apoyo a la Reserva Federal y a los bancos que pertenecen al sistema.

Si en épocas de recesión el banco central reduce los tipos de interés, se cuenta con que los bancos miembros trasladen. esa reducción a sus clientes y que esto los estimule a pedir préstamos. Entonces las empresas producirán bienes y servicios, comprarán las plantas y la maquinaria que antes no podían permitirse y ganarán así dinero, y el consumo, animado por los préstamos más baratos, crecerá. De este modo, la economía responderá y la recesión se acabará. Si después de esta reactivación se produce un auge y surge la amenaza de la inflación, un aumento del coste del endeudamiento, iniciado también por la Reserva Federal e impuesto en sus préstamos a los bancos miembros, elevará los tipos de interés. Esto reducirá la inversión de las empresas y el endeudamiento de los consumidores, contrarrestará el exceso de optimismo y equilibrará los precios, con 10 que se conseguirá prevenir la inflación.

El problema es que este proceso tan verosímil y agradable sólo existe en el mundo de las creencias económicas y no en la vida real. Estas creencias se sostienen en una teoría aparentemente convincente, pero no en los hechos ni en la experiencia práctica.

Un hecho es, por ejemplo, que las empresas piden préstamos cuando pueden ganar dinero y no porque los tipos de interés sean bajos. Escribo esto en 2003, durante una recesión, y constato que en el pasado reciente la Reserva Federal ha reducido los tipos de interés aproximadamente. una docena de veces.

Cada una de estas reducciones ha sido aprobada como la respuesta mas adecuada y eficaz a la recesión, y como tales se les ha reconocido tanto en los comentarios populares como en el de los expertos . Cuan buena es esta sencilla organización, carente de intereses partidistas y en manos de profesionales responsables y respetados, libres también ellos de toda contaminación política. Ningún debate desagradable, ninguna polémica inútil. Y, también (pero esto no se celebra ni se divulga), ningún efecto económico.

Especialmente en lo que se refiere a la recesión, las esperanzas están siempre centradas en la siguiente reunión de la Reserva Federal. Cuando ésta llega, se hacen promesas y se formulan predicciones, pero al final nunca se produce el resultado deseado. No existe otro asunto económico en que la historia se repita una y otra vez con semejante fidelidad.

No obstante, debemos ser generosos y reconocer que las medidas adoptadas gozan de prestigio y están bien reguladas; existe un acuerdo general al respecto por parte de los participantes y sus decisiones cuentan con la aprobación del mundo financiero; el inconveniente es que no ocurre nada perceptible.

La recuperación finalmente llega, sí, pero no está claro que sea consecuencia de las medidas adoptadas por la Reserva Federal. Aunque, la compra de viviendas efectivamente mejora al disminuir los tipos de las hipotecas, lo que hallamos en todos los demás sectores es una dolorosa indiferencia. La cuestión es que los tipos de interés no son más que un detalle cuando las ventas no van bien: las empresas no piden préstamos para aumentar una producción que no pueden esperar vender.

El historial de lucha contra la inflación y, en especial, contra la recesión cosechado por la Reserva Federal desde su creación en 1913 es profundamente intrascendente. En la primera guerra mundial los precios se duplicaron en un lapso de dos años, el tiempo que Estados Unidos participó en el conflicto. El nuevo y mágico banco central no proporcionó ningún remedio para ello. En la década de 1920, primero en Florida y luego, con resultados catastróficos, en Wall Street, llegó la especulación desenfrenada. La Reserva Federal, sin embargo, no consiguió contenerla. El país tuvo entonces que hacer frente a la Gran Depresión, que se prolongó durante una década y para la cual, una vez más, Washington y la Reserva Federal no encontraron solución. Hubo debates, pero no resultados, y la deflación y la depresión persistieron.

Debido a la experiencia de la primera confrontación mundial, la inflación fue uno de los principales temores a lo largo de la segunda. En este caso, sin embargo, la situación fue controlada de cerca y el país no conserva un recuerdo especialmente desagradable al respecto. Los historiadores, por otro lado, prefieren pasar de largo y evitar enfrentarse a los problemas que plantea este suceso. Un

resultado tan satisfactorio no carece de importancia, puesto que se produjo en un momento en el que, a raíz de las anteriores experiencias, no se tenía ninguna confianza en la Reserva Federal. Era una época verdaderamente difícil, y la política económica no podía basarse en las esperanzas o la mitología. Como uno de los principales responsables de reducir la inflación en aquellos años (fui el funcionario encargado de la política de precios en la Oficina de Administración de Precios y, por tanto, estuve directamente implicado en las medidas contra la inflación), compartía la creencia de que la Reserva Federal era una entidad irrelevante. Y lo era.

Tras la segunda guerra mundial han surgido algunas amenazas menores de inflación y recesión que han hecho intervenir a la Reserva Federal, siempre después de eruditas y a menudo intensas discusiones.

Sus medidas han contado con una sonora aprobación y han sido acompañadas de predicciones optimistas, pero no han tenido ningún efecto.

Tal es la habilidad para las relaciones públicas del presidente Greenspan y tan arraigada la fe en cualquier acción que implique dinero, que la FED como afectuosamente se la llama, recibirá todo el crédito cuando se produzca una plena recuperación. Pero los hechos se mantendrán: cuando los tiempos son buenos, unos tipos de interés más altos no disminuyen la inversión. Esto tiene una explicación muy simple: la importancia de los tipos de interés es mínima, lo que cuenta son las mayores perspectivas de beneficio. Por su parte, lo que resulta decisivo en la recesión o la depresión es que las perspectivas de beneficio son escasas. Cuando los tipos de interés son más bajos, las hipotecas se refinancian; pero la cantidad de dinero liberada de esta forma es relativamente pequeña y es posible que los deudores destinen parte de ella al ahorro. Para la economía en general el efecto de tales medidas es inexistente o insignificante.

En la contención de la inflación, o en lo que parece ser tal objetivo, la Reserva Federal tiene que ser especialmente prudente, pues no puede permitirse dar la impresión de que está en conflicto con el bienestar económico. Cuando la recesión vuelva, las fuerzas determinantes, como hemos señalado, serán el gasto de los consumidores y la inversión industrial por él suscitada; pero la influencia de las decisiones del banco central sobre ambos factores es mínima. **Las empresas responden a disminución de las ventas y a ese respecto, el papel de la Reserva Federal no es decisivo; es ingenuo pensar que la FED puede controlar el gasto de los consumidores y las empresas.**

Sin embargo, se considera que es bueno disponer de una institución no controvertida y políticamente neutra, presidida, como ocurre en los últimos tiempos, por una persona preparada, segura y respetada, con no poco talento teatral. Cómo son de agradables las decisiones tomadas en un entorno honorable bajo los retratos de famosas personalidades financieras del pasado. Para muchos, es así como debe decidirse la política económica. Y es fácil pasar por alto el hecho de que de ello no se deriven consecuencias realmente importantes. La creencia de que algo tan complejo, tan diverso y tan importante para las personas como el uso del dinero puede ser guiado por las decisiones, meditadas pero nunca incómodas, que emanan de un elegante edificio ubicado en la capital de la nación, no se refiere al mundo real, sino al de la esperanza y la imaginación.

He aquí nuestra forma más inverosímil y apreciada de evadir la realidad. Nadie debe negar a quienes participan en estas decisiones sus aptitudes personales y el prestigio que honestamente han adquirido, u oponerse a su inocente disfrute de lo que, a juzgar por sus efectos, es un fraude establecido. Tal vez debamos permitir que su ineficacia sea aceptada y perdonada.